

DEVOCIONES PARA TIEMPOS DE ESPADAS: EL SAGRADO CORAZÓN Y CRISTO REY COMO CATEGORÍAS POLÍTICAS DEL MOVIMIENTO CARLISTA (1931-1936)

ANTONIO MANUEL MORAL RONCAL

Universidad de Alcalá

antonio.moral@uah.es

(Recepción: 04-04-2008; Revisión: 20-05-2008; Aceptación: 03-07-2008; Publicación: 29-05-2009)

1. IDENTIDAD CARLISTA Y SIMBOLOGÍA DEVOCIONAL.—2. DEL SAGRADO CORAZÓN A LA FIESTA DE CRISTO REY.—3. ¿TRASPASO DE FIDELIDADES, TRASVASE DE VOLUNTADES?—4. LAS CONSAGRACIONES DEL PRETENDIENTE CARLISTA Y LA RESPUESTA DE LAS DERECHAS ESPAÑOLAS: LA PRESENTACIÓN POLÍTICA DE UN NUEVO CONSTANTINO.—5. SE ADVIERTEN ESPADAS EN EL HORIZONTE POLÍTICO.—6. BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN

Durante la Segunda República, el movimiento carlista recuperó su discurso y sus símbolos, ofreciéndose como alternativa radical de restauración católica. Su orientación fue francamente opuesta a la defendida por Pío XI y la jerarquía eclesiástica española, pero los legitimistas intentaron presentarse, ante la opinión pública católica, como fieles defensores de la ortodoxia cristiana y de la Silla de Pedro. Las consagraciones de Alfonso Carlos I al Sagrado Corazón —como un paso más en la restauración del reinado social de Jesucristo— fueron utilizadas para lograr aumentar sus apoyos políticos, en una coyuntura marcada por el enfrentamiento entre las políticas secularizadoras republicanas y las defensivas católicas.

Palabras clave: España, Segunda República, carlismo, catolicismo político.

DEVOTIONS FOR TIMES OF SWORDS: THE SACRED HEART AND CHRIST THE KING AS POLITICAL CATEGORIES OF THE CARLIST MOVEMENT (1931-1936)

ABSTRACT

During the Second Republic, the Carlist movement recovered its discourse and its symbols, putting itself forward as a radical alternative through Catholic restoration. Its orientation was openly opposed to the stance of Pius XI and the Spanish ecclesiastic hierarchy, but the legitimists tried to present themselves to Catholic public opinion as loyal defenders of the Christian orthodoxy and the Seat of Saint Peter. Alfonso Carlos I's consecration to the Sacred Heart (Sagrado Corazón), as a further step towards restoring the social kingdom of Jesus Christ, was politically used to increase his political support, in an environment marked by clashes between the republican secularising policies and the Catholic defence against them.

Key words: Spain, Second Republic, Carlism, political Catholicism.

* * *

1. IDENTIDAD CARLISTA Y SIMBOLOGÍA DEVOCIONAL

El último domingo de octubre de 1931, se celebró en el Hotel Londres de San Sebastián una cena multitudinaria para sellar la vuelta a la Comunión Tradicionalista de la llamada escisión integrista (1). Tras 43 años de separación estos movimientos afines volvieron a unir sus fuerzas para luchar contra un régimen republicano y anticlerical. Como católicos y contrarrevolucionarios no pudieron sino elegir la fiesta de Cristo Rey para celebrar su nueva fusión, ya que esa devoción había sido siempre considerada identificativa y sintetizadora de sus aspiraciones y metas (2). Ese mismo año, el círculo carlista de Madrid anunció la creación de una Cruzada de Damas en defensa del catolicismo y la Iglesia, pero también para ejercer la caridad, el socorro a los necesitados, el fomento de la educación y la cultura (3). En definitiva, se intentó atraer a la Comunión a la población femenina católica, al considerarse que su religiosidad se sentiría he-

(1) Este artículo forma parte del proyecto de investigación HUM2005-02140, financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia, bajo el título *Catolicismo versus secularización. La confrontación de los años treinta*. El autor agradece las indicaciones que en la elaboración de este artículo ha recibido de los profesores Feliciano Montero y José Leonardo Ruiz.

(2) La idea de que la potestad de los reyes terrenales —por extensión los gobernantes legítimos— deriva por delegación de Cristo Rey, como concreción de la más amplia paternidad humana que procede de Dios Padre, proveniente del siglo XIX, aún la mantienen en sus esencias a comienzos del XXI, como se puede comprobar en la editorial de *El Boletín Carlista de Madrid*, 76, noviembre-diciembre de 2003, p. 1.

(3) *El Cruzado Español*, 12 de junio de 1931, p. 2. Sobre la presencia femenina en la Comunión Tradicionalista ver CARRIONERO (1991): 188-201, y en ORDUÑA PRADA (2002): 115-124.

rida por la legislación republicana. La fecha que consideraron más adecuada para comenzar esa Cruzada fue la fiesta del Sagrado Corazón, devoción ligada tanto a la historia de su movimiento político como al retorno a un régimen de Cristiandad, en el cual la Iglesia debía regular la vida colectiva, otro de sus pilares ideológicos.

Décadas más tarde, el historiador carlista Alberto Ruiz de Galarreta —bajo el seudónimo de *Manuel de Santa Cruz*— promovió la recuperación de las cenas de Cristo Rey en los años 60, como medida de defensa ante lo que se llamó «*confusión subsiguiente al Concilio Vaticano II*». En esas celebraciones se afirmaron programas y principios integristas, emergiendo grupos de resistencia al avance de las nuevas interpretaciones conciliares. Sin embargo, dichas reuniones fueron denostadas por aquellos carlistas partidarios de una nueva relectura de su ideología en clave autogestionaria y socialista, liderados por el príncipe Carlos Hugo (4). A mediados de los años 80 tomó el relevo de su organización Miguel Ayuso, profesor de la Universidad Pontificia de Comillas, paralelamente a la nueva reorganización de grupos carlistas tras la catarsis sufrida por este movimiento político durante los años de la Transición (5). En una ocasión, la cena fue presidida por el príncipe Sixto Enrique de Borbón, distanciado hermano de Carlos Hugo y afín a los grupos más ultraconservadores.

Desde el año 2004, el nuevo círculo tradicionalista madrileño Antonio Mollé Lazo tomó la determinación de seguir conmemorando la fecha de Cristo Rey con una cena la víspera de la fiesta, la cual, además de recordar las implicaciones políticas de la festividad litúrgica debía servir para canalizar la actividad del curso político e iniciar los trabajos del círculo. Con motivo de la celebración de dicha cena en 2006, las Juventudes Tradicionalistas realizaron un manifiesto de adhesión donde sintetizaron su interpretación político-religiosa de la fiesta litúrgica (6):

«S.S. Pío XI estableció la festividad de Cristo Rey el último domingo del mes de octubre como remedio contra el laicismo. Lejos de introducir una enseñanza nueva la Encíclica *Quas Primas* venía a codificar una enseñanza multiseular de la Iglesia: el sometimiento de los poderes temporales a la realeza de Nuestro Señor Jesucristo, además de la realeza en lo espiritual y en los individuos y en la sociedad. Una situación de hecho y de derecho que en las Españas se conoció como Unidad Católica y que, además, supone restricciones para el culto de sectas y falsas religiones (...). Además, junto a la fundamentación genérica o esencial había razones

(4) Un notable acercamiento sobre la escisión del carlismo en esos años es la obra de CASPISTEGUI GORASURRETA (1997).

(5) MORAL RONCAL (2006): 336-337. Sobre las resurrecciones legitimistas ver, igualmente, CANAL (2006).

(6) Muy semejante al concepto de la fiesta de Cristo Rey es el expuesto por el quincenal integrista navarro *Siempre p' alante*, 552 (noviembre 2006), pp. 3-4. En su portada la imagen de Cristo Rey aparece revelando su Sagrado Corazón, como había sido tradición en España. El periódico se subtitula «Órgano periodístico nacional de la Unidad Católica de España».

pragmáticas para apoyar la realeza social de Ntro. Sr. Jesucristo: los beneficios que aporta para la salvación de las almas la creación de un ambiente favorable, que forma parte del bien común, objeto de la política. Y así, el grito de las resistencias populares contra la Revolución impía pasaba del ¡Viva la Religión! a ¡Viva Cristo Rey! Primero por los cristeros mejicanos, aunque antes se había pronunciado en otros hechos contrarrevolucionarios del continente americano, y después por los carlistas. El grito, además de devoto, tenía un alcance totalmente político, vinculado a la restauración de la realeza social de Jesucristo, al igual que en las luchas de la Vendée lo fue la devoción del Sagrado Corazón de Jesús (7)».

En definitiva, la celebraciones en torno a Cristo Rey y al Sagrado Corazón de Jesús se convirtieron en un medio que contribuyó, sin duda, a la reproducción y al fortalecimiento, en el presente y con el aval del pasado, del «nosotros» carlista, al tiempo que nunca se hallaron ausentes de una intensa carga propagandística (8). Y es que la construcción y perpetuación de una identidad colectiva resulta ser una tarea esencial de todo movimiento político y social que ansíe el triunfo de su acción y su persistencia como tal corriente en el curso del tiempo. La situación política, la capacidad organizativa o el repertorio de protesta, por sí solos, no construyen ese movimiento. Para que éste funcione, precisa conferir a su acción de significado que facilite la emergencia de la identidad colectiva. Esta subcultura del movimiento tiene su correlato a nivel individual en cada uno de los militantes en la acción colectiva, que hacen propios una serie de ideales, dogmas y valores, los cuales incorporan a su propia identidad personal (9).

En 1931, tras una larga serie de años de crisis y letargo, el movimiento carlista resucitó de sus cenizas al proclamarse la Segunda República. La vieja identidad legitimista tuvo que ser reimpulsada nuevamente, al calor de su crecimiento y fusión con los antiguos grupos disidentes (mellistas, integristas y otras corrientes afines), sobre todo para evitar que los nuevos integrantes se sintieran más tradicionalistas que carlistas (10). Desde esta perspectiva adquirió mayor coherencia el hecho de que sus elites dirigentes recuperaran oficialmen-

(7) A la cena de Cristo Rey celebrada en el Hotel Tryp Atocha de Madrid, el 28 de octubre de 2006, asistieron el profesor Miguel Ayuso (jefe delegado de la Comunión Tradicionalista), el genetista Maciej Marian Giertych (eurodiputado de la Liga de Familias Polacas), Fray Armando Díaz (profesor del seminario de los dominicos en Buenos Aires), el historiador Manuel de Santa Cruz, y varios profesores de la Universidad Autónoma de Guadalajara (Juan José Leño, José Luis Arreguin), el profesor José Miguel Gamba y el periodista José Antonio Ullate, entre otros. La convocatoria se realizó en varios medios de comunicación legitimistas, como GAMBRA y ULLATE (2006): 4. Sobre las relaciones actuales entre la ultraderecha polaca y la española, todavía resultan sugerentes las aclaraciones de GÓRSKI (2000): 107-112.

(8) La celebración de la Fiesta de los Mártires de la Tradición, desde su fundación en 1895 hasta nuestros días, ha servido para esos mismos fines dentro del movimiento carlista. Dicha fecha del calendario carlista ha sido analizada por CANAL (2007): 275-292.

(9) CUEVA MERINO y LÓPEZ VILLAVERDE (2005): 44.

(10) Como se detalla en MORAL RONCAL (2007): 337-361.

te el nombre de «carlistas», después de 22 años de ser conocidos como «jaimistas», al fallecer el hijo de Carlos VII, y que su tío y sucesor eligiera el nombre de Alfonso Carlos I. Estos gestos fueron demostraciones de que, en este proceso de reorganización resultaba necesario estimular ciertos valores, creencias y símbolos que hundían sus raíces en la identidad carlista del siglo XIX. De esta manera, también se volvió a intentar convertir en categorías políticas propias el culto al Sagrado Corazón y a Cristo Rey, tanto por su contenido identitario carlista como por la posibilidad de apropiarse de una devoción que había formado parte de la movilización católica a comienzos del siglo XX contra los avances secularizadores y que, por lo tanto, teóricamente podía ayudar a converger a numerosos católicos hacia el carlismo.

Sin negar, de ninguna manera, la dimensión espiritual del culto (11), resulta interesante conocer los términos en que se produjo la politización del Sagrado Corazón en el marco de desenvolvimiento histórico del carlismo en una de sus épocas de crecimiento. Indudablemente, como ha demostrado Daniele Menozzi, el fenómeno no fue novedoso en Europa occidental, ya que la devoción al Sagrado Corazón había sido alimentada por aquella cultura ultramontana que, aparentemente hegemónica entre 1850 y 1871, había intentado contribuir a la restauración de un orden teocrático, única vía posible para sanar a un mundo que, durante la transición a la Edad Contemporánea, se había sustraído de la dirección eclesiástica (12). El alcance político no se circunscribió a Europa pues Gabriel García Moreno, presidente de la República de El Ecuador, llegó a consagrar su nación a esta devoción en 1873.

2. DEL SAGRADO CORAZÓN A LA FIESTA DE CRISTO REY

Entroncar el culto del Sagrado Corazón con la resistencia contrarrevolucionaria no resulta difícil ya que, desde los años de la sublevación vendeana contra la Convención jacobina, esta devoción, por su aceptación popular, se convirtió en un icono de la contrarrevolución, sosteniendo la esperanza de quienes confiaban en la simultánea restauración de la Monarquía borbónica y de la Francia cristiana (13). La mayor parte de los campesinos y de los jefes contrarrevolu-

(11) Un estudio sobre el alcance y significado espiritual en la España del siglo XIX es el de HUAMAN GUTIÉRREZ (1993).

(12) MENOZZI (2001).

(13) Sobre su extensión y riqueza simbólica durante la contrarrevolución francesa ver CHARBONNEAU-LASSAY (1983). Este volumen reúne varios artículos que el autor publicó en la revista *Regnabit*, entre 1922 y 1923. Subraya el hecho de la antigüedad medieval del símbolo y su extensión realizada por los misioneros de San Lorenzo en el Oeste francés, en el siglo XVIII, repartiendo y popularizando Sagrados Corazones de Jesús entre la población. Por otra parte, el Sagrado Corazón estaba presente en el panorama iconográfico de las ciudades francesas en vísperas de la Revolución.

cionarios, alzados en 1793, coserían en sus ropas la «*insigne du Sacré Coeur surmonté d'une croix*» y en muchas de ellas se escribirían a su alrededor lemas como «*Vous qui brûlez pour moi, Coeur de mon Sauveur, donnez au mien pour vous une pareille ardeur*» (14). Durante el siglo XIX, tal esperanza encontró su símbolo arquitectónico más perfecto en la iglesia del Voto Nacional: el famoso Sacré-Coeur que se elevaba sobre el promontorio de Montmartre en París. Su construcción se inició en los últimos meses del Segundo Imperio y finalizaría en vísperas de la Primera Guerra Mundial. En Italia también se difundió extraordinariamente este culto, ya que fue uno de los instrumentos de la Iglesia para la restauración de una sociedad cristiana, en contraposición a la modernidad. De ahí el significativo impulso otorgado a su difusión por la propia Silla Apostólica, al consagrar el papa León XIII el mundo al Sagrado Corazón.

En España, el culto fue impulsado gracias al padre Bernardo Hoyos (1711-1735) que decidió consagrar su vida a su difusión. Sus biógrafos le atribuyeron varias experiencias místicas pero la que tuvo una mayor importancia aconteció el 14 de mayo de 1733. Ese día, después de comulgar, el padre Bernardo rezó solicitando a Dios que el Papa aprobara la fiesta del Sagrado Corazón para España, lo cual era sumamente difícil. Entonces —como él mismo escribió— «*me dijo Jesús: Reinaré en España y con más veneración que en otras muchas partes*». Estas palabras pasaron a ser conocidas como la *Gran Promesa*. A partir de entonces se propagó extraordinariamente esta devoción y, para sus defensores, el reinado del Sagrado Corazón terminó por significar el reinado del catolicismo, su victoria irreversible. Así, en aquellos momentos de dificultad para la Iglesia en la Edad Contemporánea, numerosos creyentes interpretaron la *Gran Promesa* como un gran anhelo, la garantía de que el catolicismo no desaparecería nunca de España.

Los contrarrevolucionarios españoles más beligerantes del siglo XIX —es decir los carlistas— ayudaron también a difundir el culto al Sagrado Corazón, como sus hermanos legitimistas franceses. Ambas corrientes políticas ayudaron a crear un clima cultural tendente a unir de manera directa el culto al Sagrado Corazón con el retorno de la Monarquía destronada por la Revolución. Bajo la Restauración canovista, numerosos hogares legitimistas se encontraban adornados con placas del Corazón Divino, tanto en sus habitaciones interiores como en las puertas o en las fachadas. Además, los carlistas comenzaron a defender la presencia de su imagen en sus círculos, en los talleres, ayuntamientos, centros educativos y otros lugares oficiales, pues, de esta manera, creían lograr no pocas pequeñas victorias a las corrientes secularizadoras que, cada vez más, se manifestaban bajo la «Monarquía liberal usurpadora», ganando espacios en la vida pública. Los integristas, por su parte, también defendieron su culto y difusión de manera que, desde posiciones anticlericales, la devoción al Sagrado Corazón —que formó parte de la campaña de recristianización emprendida por la Iglesia

(14) MARTIN (1993): 46 y 66.

Católica bajo el régimen canovista— quedó vinculada políticamente con los grupos sociales católicos más extremistas (15).

La difusión de esta devoción —como recurso de la movilización católica junto a la devoción mariana y el culto eucarístico—, también fue advertida por los grupos más combativamente anticlericales. En 1901, con motivo de una procesión del Corazón de Jesús en Alicante, se organizó una manifestación contraria, ante lo cual el gobernador civil decidió prohibir los dos actos para evitar un problema de orden público. Sin embargo, la medida fue aplaudida por los anticlericales y sentida, desde posiciones integristas, como una muestra más del avance secularizador. Al año siguiente se logró la autorización para la procesión pero, a su paso, tuvo lugar un grave conflicto cuando un grupo anticlerical cantó *La Marsellesa*. Según *La Federación*, periódico republicano, más de dos mil personas entonaron el himno revolucionario, sucediéndose agresiones físicas y detenciones de numerosos provocadores (16). Sin embargo, pese a este tipo de conflictos político-religiosos, la difusión de la devoción no se frenó. En poco tiempo se asentaría y crecería la obra del Amor Misericordioso, actualizadora del culto al Sagrado Corazón entre los católicos, con el doble objetivo de dotar al movimiento católico de una mayor unidad y, al mismo tiempo, evitar una excesiva superficialidad y exterioridad (17).

Por su parte, la devoción a Cristo Rey tuvo un momento de esplendor durante los años veinte y treinta del siglo XX, aunque para los historiadores no resulte fácil analizar su trascendencia social y espiritual (18), pues en Cristo Rey se mezclaron contextos tan híbridos como la política y la religión; la Acción Católica y las misiones; la devoción al Sagrado Corazón y los Congresos Eucarísticos; el integrismo y la revolución. La raíz de ese impulso provino desde la propia Santa Sede. El 23 de diciembre de 1922, Pío XI publicó la tradicional encíclica inaugural de los pontificados bajo el título *Ubi arcano* que, básicamente, trataba sobre «*la paz de Cristo en el reino de Cristo*». En ella, el Papa examinaba los problemas de la época contemporánea como la falta de paz debida, en su opinión, tanto a las conflagraciones entre Estados como a la lucha de clases, aunque el principal origen de esos problemas había sido la intención de instituir la vida individual y colectiva al margen de Dios. Por lo tanto, para recuperar la paz resultaba fundamental que la vida cotidiana se dispusiera de acuerdo con los principios y valores cristianos. Sólo así habría verdadera justicia y, en consecuencia, auténtica paz. En definitiva, Pío XI exhortó a los hombres a volver a ubicar a Cristo en el centro de la vida social.

(15) El reinado social de Cristo como programa de oposición a ultranza a la corriente secularizadora es analizado en CUEVA MERINO (1999): 169-192 y (2000): 55-79.

(16) MIRA ABAD y MORENO SECO (2003): s. p.

(17) REQUENA (2006): 147-149. El enfrentamiento entre los proyectos católicos de restauración religiosa y las propuestas laicas de secularización en el reinado de Alfonso XIII es analizado con precisión en CUEVA MERINO y MONTERO GARCÍA (2007).

(18) CANO (2006): 173-201.

En la Iglesia católica española se recibió la encíclica papal con gran interés y, a lo largo de 1923, los obispos españoles aludieron en sus escritos pastorales a los problemas que había enumerado el pontífice y al reinado de Jesucristo (19). El arzobispo de Valladolid, Remigio Gandásegui, fue el prelado que desarrolló más pródigamente el argumento de la realeza de Cristo, sobre todo por la consagración de su sede al Sagrado Corazón (20). La preparación e impulso de este acto dio pie a que el arzobispo brindara tres documentos a este tema, en donde recordó la historia de estas devociones en España.

Gandásegui explicó, en una segunda exhortación pastoral, siguiendo el pensamiento de la *Ubi arcano*, que los males del mundo contemporáneo se debían al «*abandono y casi total desprecio de Jesucristo, a quien se le había querido destronar, arrojar de la sociedad y de la ciencia, de la moral, de los gobiernos, de las familias y aún de la Religión*». El mundo moderno rechazaba la realeza de Cristo o, como se decía entonces, su reinado social. Por eso resultaba necesario entronizar al Salvador en la escuela, en la oficina, en la familia, en la legislación, en todas las esferas de la vida. Y para iniciar esa gran restauración, el arzobispo entronizó a Cristo en el punto más alto de la ciudad de Valladolid, para simbolizar que, desde allí, el Sagrado Corazón bendecía todas las actividades humanas y reinaba sobre ellas.

En ese mismo año, en una pastoral de despedida a sus diocesanos, el obispo saliente de Madrid-Alcalá, Prudencio Melo y Alcalde, glosó la primera encíclica de Pío XI, mencionando al final el Cerro de los Ángeles, próximo a la capital, donde se alzaba el monumento nacional al Sagrado Corazón. No obstante, el obispo advirtió a los católicos que no debían conformarse con la consagración oficial, ya que resultaba necesario esforzarse para que Cristo reinara efectivamente en todos los corazones y que ese reinado se exteriorizara en los diversos ámbitos de la vida, llenándolos de paz.

Luis Cano clasificó los comentarios del episcopado español ante la *Ubi arcano* según tres interpretaciones de la doctrina sobre la realeza de Cristo (21):

- El reino de Cristo entendido como un reino moral, que se debía implantar promoviendo las buenas costumbres, llevando a cabo una restauración moral. Esta idea fue subrayada por el arzobispo de Sevilla y los obispos catalanes.
- Otro grupo de prelados se centró substancialmente en el reinado de paz, resaltando su dimensión espiritual y la necesidad de reconstruir la convivencia entre los hombres, por medio de la caridad de Cristo y la cohe-

(19) Este pontífice tuvo una relación muy extremada, por sus alabanzas y críticas con el movimiento carlista, teniendo como eje cronológico diferenciador el año 1931. Sobre las relaciones de Pío XI con la jerarquía española ver CUENCA TORIBIO (2005): 109-124.

(20) Sobre la figura de este prelado me remito a BERZAL DE LA ROSA (1999).

(21) CANO (2006): 180-181.

rencia con los valores cristianos. Destacaron en esta tendencia el obispo Melo y el primado, cardenal Reig.

- Un tercer grupo, cuyo más preclaro representante fue el arzobispo de Valladolid, contempló el reinado de Cristo a la luz de la devoción al Sagrado Corazón, en su singularidad más española. Apoyándose en la *Gran Promesa*, incorporó un fuerte sentimiento patriótico: el reinado del Sagrado Corazón significaba el mantenimiento de la identidad católica de España, de la cual dependían su realidad nacional y sus posibilidades de recuperar la grandeza perdida en el contexto internacional. En esta línea había que incluir a Pedro Segura, obispo de Coria y, con el paso del tiempo, arzobispo de Burgos y de Toledo.

La fiesta de Cristo Rey fue instituida por Pío XI a través de la encíclica *Quas primas*, en diciembre de 1925, tras una serie de años de intensas peticiones desde diferentes estadios del mundo católico. El papa confió en que la festividad de Cristo Rey aceleraría el retorno de la humanidad a Dios y la solución de los problemas contemporáneos. En su encíclica, enumeró las consecuencias de orden espiritual que se derivarían de su celebración, pues se recordaría que Jesucristo debía reinar en el alma, en la inteligencia, en la voluntad, en el corazón, en el cuerpo y en los miembros, los cuales debían servir para la santificación del alma (22). Según algunas interpretaciones, a través de esta encíclica, Pío XI quiso liberar la devoción al Sagrado Corazón de la significación patriótico-nacionalista que había adquirido en algunos países tras la Primera Guerra Mundial. Desplazando ese simbolismo político hacia Cristo Rey, el papa intentó conseguir que la doctrina política católica recuperara su universalidad, ya que Cristo Rey resultaba ajeno a cualquier exclusivismo nacionalista y a toda connotación belicista. No pertenecía a ninguna enseña y menos a una bandera de combate, como se había pretendido con el Sagrado Corazón.

Sin embargo, en la sociedad española, el efecto de la *Quas primas* fue muy pequeño, pues la recepción de la fiesta de Cristo Rey se insertó en el marco de la devoción al Sagrado Corazón (23). Sin querer contradecir la doctrina del papa, muchos católicos estaban convencidos de que el reinado social de Jesucristo se alcanzaría propagando la devoción al Sagrado Corazón, que en esos momentos gozaba de una nueva primavera. Triunfaba la obra de la entronización en los hogares del padre Mateo Crawley, iniciativa que había sido muy apoyada por Benedicto XV, al confiar en ella grandes frutos evangelizadores (24). La mayoría de los metropolitanos españoles apuntalaron vehemente-

(22) BARGUÑO y MORGAGES (1931) y CANTERA OLIVE (1927).

(23) SANTIAGO RODRÍGUEZ (1926).

(24) CRAWLEY-BOEVEY (1926). Pronto se presentó la difusión de esta práctica piadosa como una verdadera cruzada organizada por toda España para reforzar el reinado social de Jesucristo. Si la familia, fundamento social, era cristiana, toda la sociedad lo sería y, con ella, la organización estatal.

mente estas iniciativas y las consideraron muy adecuadas para asentar el catolicismo. El reinado de Jesucristo continuó significando, esencialmente, el reinado del Sagrado Corazón en numerosos hogares católicos españoles.

Pero nadie como el cardenal Pedro Segura estaba tan convencido de que el reinado de Cristo en España se alcanzaría a través de esa devoción. Él mismo tuvo el íntimo convencimiento de representar un papel providencial en el cumplimiento de la *Gran Promesa*. En sólo dos años pasó de regir una de las últimas diócesis de España —Coria— a sentarse en la sede Primada de Toledo. De esta manera, uno de los obispos más fervorosos del Sagrado Corazón y de su reinado en España alcanzaba el escalón más alto de la jerarquía (25).

3. ¿TRASPASO DE FIDELIDADES, TRASVASE DE VOLUNTADES?

Para algunos miembros de la elite carlista no pasó desapercibido el aumento del apoyo episcopal a Alfonso XIII tras sus gestos conciliadores y confesionales hacia la Iglesia desde 1919, por lo que trataron de traspasar ese apoyo a don Alfonso Carlos I y la causa que representaba durante los azarosos tiempos republicanos. En este sentido, no olvidaron la impronta social y religiosa que tuvieron dos hechos acaecidos no hacía muchos años: la consagración de España al Sagrado Corazón y el impacto de la visita oficial del monarca español a Pío XI, donde obtuvo la ratificación del título de «*rey católico*».

El 30 de mayo de 1919 tuvo lugar un episodio decisivo para la historia política y religiosa española: el rey Alfonso XIII realizó la consagración de España al Sagrado Corazón. Significativamente, en el pedestal de la estatua se hizo mención a la *Gran Promesa* como si ésta se hubiera cumplido ya: en vez de *Reinaré*, se había escrito *Reino en España* (26). En noviembre de 1923, el monarca realizó una ferviente defensa de la catolicidad de España en el Vaticano, lo que agradó extraordinariamente al papa, desbordándose un entusiasmo patriótico-religioso-monárquico al conocerse la noticia en España (27). Los obispos elogiaron al rey públicamente, olvidando anteriores fricciones con sus ministros liberales, y, en medio del entusiasmo que siguió

(25) Para Segura, ello no resultaba mera casualidad, como tampoco lo era el hecho de su nombramiento el día de Cristo Rey por Alfonso XIII, el monarca que había realizado la consagración de 1919. De esta manera, la *Gran Promesa*, el reinado del Sagrado Corazón y Cristo Rey se convirtieron en sus temas favoritos, pues entre 1927 y 1931 les dedicó diez pastorales y otros seis documentos breves. Eso sí, su concepción del reinado del Sagrado Corazón suponía el triunfo de la teocracia en España, por lo que, viniendo de quien venía, esta interpretación tuvo que tener su peso entre ciertos sectores de catolicismo, en vísperas de unos tiempos nuevos. Sobre este singular prelado se han publicado dos estudios, en los últimos años, GIL DELGADO (2001) y MARTÍNEZ SÁNCHEZ (2004).

(26) Un acercamiento al papel del rey en este acto y su apuesta por revitalizar el papel de la Iglesia Católica como uno de los grandes pilares del trono en CUEVA MERINO (2003): 277-306.

(27) VARELA (1925).

a la estancia de los monarcas en Roma, se celebraron las conferencias de metropolitanos, del 12 al 15 de diciembre. En las actas de esas reuniones se hizo constar una especial mención al histórico viaje, tomando la decisión de conmemorar todos los años la consagración al Sagrado Corazón que había realizado Alfonso XIII, para lo cual la Santa Sede concedió indulgencias. La Junta de Acción Católica de la Mujer organizó una colecta nacional para erigir un monumento al monarca en el Cerro de los Ángeles, con el apoyo del obispo de la capital (28).

A partir de entonces, este entusiasta apoyo de la Iglesia al monarca no menguó ni siquiera en los difíciles dos últimos años de su reinado. En 1930, en medio de la campaña de críticas a la institución monárquica por su connivencia con la dictadura, la mayor parte del episcopado español, con el cardenal Vidal y Barraquer a la cabeza, dirigió cartas y telegramas de adhesión al rey a lo largo de los meses de marzo y abril. Casi todas esas misivas aludieron a la probada condición de monarca católico de Alfonso XIII. Muchas, también, lo identificaron como el soberano que había consagrado España al Sagrado Corazón de Jesús. De manera expresa o implícita, la mayoría de los prelados vinculó el destino de la Iglesia a la de la Monarquía, por lo que no pudieron menos de ofrecerle su apoyo en aquellos momentos de crisis institucional (29).

A partir de mayo de 1931, las primeras manifestaciones de la política anticlerical de la República provocaron el rechazo de los católicos. Para las elites carlistas se abrió claramente una posibilidad de crecimiento inusitado del movimiento con motivo del problema religioso —en la memoria de muchos de ellos se encontraba 1868 y la Tercera Guerra Carlista—, por lo que convenía resaltar en la propaganda su tradicional papel como abanderados del catolicismo, autoproclamados «*Guardia Civil de la Iglesia* (30)». Sin embargo, el accidentalismo de algunas elites eclesiásticas se intentó imponer en la Iglesia española frente a esta nueva oleada de integrismo. En muy poco tiempo, la coyuntura republicana obligó y aconsejó la adopción del camino posibilista y accidentalista, defendido por el propio Vaticano y, desde el interior, por tres personalidades: el nuncio Tedeschini, el cardenal Vidal y Barraquer —presidente de la Junta de Metropolitanos— y Ángel Herrera Oria, presidente de la Asociación Nacional Católica de Propagandistas y director del importante periódico católico *El Debate*, dispuesto además a organizar la Acción Católica en España según las nuevas orientaciones posibilistas. Como ha señalado Feliciano Montero, el desplazamiento de la estrategia integrista, hasta el momento hegemónica, no se hizo sin fuertes resistencias de los monárquicos, los

(28) Sin embargo, después de un comienzo fervoroso, la fiesta fue languideciendo al cabo de dos o tres años, sobre todo por la importancia que se concedió a una fiesta más importante: la de Cristo Rey que, desde su primera celebración en 1926, adquirió un protagonismo cada vez mayor. CANO (2006): 182-183.

(29) CUEVA MERINO (2003): 305.

(30) *El Cruzado Español*, 14 de agosto de 1931, p. 1.

carlistas y los sectores integristas, que nunca compartieron los intentos de pacto con la República (31).

En esta coyuntura, nuevamente, los carlistas desplegaron en manifestaciones y documentos legitimistas las alusiones a Cristo Rey y al Sagrado Corazón de Jesús. Si numerosos católicos habían apoyado entusiásticamente las manifestaciones confesionales de Alfonso XIII, tal vez sería posible traspasar ese respaldo a los monarcas carlistas, que, desde siempre, habían aludido a esas devociones. Ahora bien ¿eran buenos tiempos para exaltar esos símbolos religiosos?

Tras el 14 de abril de 1931, los católicos asistieron a la caída de los principales defensores públicos del reinado del Sagrado Corazón: Alfonso XIII y el cardenal Segura tuvieron que exiliarse, siendo seguidos, a los pocos meses, por los jesuitas, los grandes propagandistas del Sagrado Corazón y de Cristo Rey (32). Pronto los católicos se preguntaron cómo compaginar la *Gran Promesa* con el cambio de régimen político y la nueva situación a la que la Iglesia debía enfrentarse bajo el Gobierno republicano. En un artículo firmado por Emilio Espinosa —que fue ampliamente difundido— se resaltó la vertiente espiritual del reinado interior de Jesús, su cultivo en los corazones de los hombres. Para el autor, todo lo que estaba ocurriendo en España era una prueba que Dios enviaba para que los católicos comenzaran una vida más fervorosa y auténticamente cristiana. Los nuevos tiempos habían despertado los sueños de quienes se habían conformado con que el reinado del Sagrado Corazón fuese oficial y no espiritual. Y los problemas que entonces se abrían a la Iglesia, sin duda, purificarían al catolicismo español del oficialismo de la anterior etapa política.

Por otra parte, en 1928 el papa Pío XI había especificado claramente el nuevo papel que debía tener la devoción al Sagrado Corazón en su encíclica *Miserantissimus redemptor*. En ella subrayó la necesidad no sólo de la consagración/entronización como medio para demostrar la protesta de las familias católicas contra los regímenes atentatorios contra las leyes de Dios, sino que también resultaba necesaria la expiación de las ofensas a Dios. El culto al Sagrado Corazón debía cumplir esa función de reparación de manera espiritual, alejándose de su tradicional implicación en el campo político (33).

A pesar de las explicaciones doctrinarias, que sosegaron a muchos devotos, los carlistas volvieron a interpretar e impulsar esas devociones en clave política: el carácter nacional, y a la vez universal, del Sagrado Corazón, su fuerte significación antiliberal y contrarrevolucionaria reforzaban la identidad carlista, defensora de la restauración de la idea de Cristiandad (34). No en vano cifraban su expansión y victoria con el triunfo de la unidad católica de las Españas bajo

(31) MONTERO GARCÍA (2007): 108.

(32) BLINKHORN (1979): 123 y ss.

(33) MENOZZI (2001): 295-296. Esa vertiente puramente espiritual se difundió en España en obras como las del profesor de Filosofía en Granada, padre FLORENTINO ALCAÑIZ (1930 y 1934).

(34) Sobre esta etapa política del carlismo ver UGARTE (2000): 155-186.

la Monarquía tradicional (35). En la fiesta de Cristo Rey de 1932, desde las páginas de un periódico legitimista, se defendió que la Gran Promesa del Corazón de Jesús debía conseguirse no sólo por medio de la oración y la plegaria

«...sino con la viril decisión, con la intensidad, con la energía y los procedimientos acordes con el ataque recibido. El pueblo católico español de este primer tercio del siglo XX debe pensar que no es provocador, sino agredido (...), porque se busca la extinción de su fe envenenando el alma de sus hijos, pudriendo la generación venidera a favor de un laicismo sin entrañas (...). ¿Cuándo mejor que ahora para ofrendar a Cristo-Rey nuestra adhesión y nuestro amor? ¿Cuándo mejor momento para hacer nuestras las frases del salmo 118-VIII: ¡Es ya tiempo de obrar, Señor! ¡Han conculcado vuestra ley! (36)».

La celebración de la fiesta y el nuevo impulso a la misma otorgado por Pío XI fue así asimilada por los carlistas como una confirmación de sus más antiguos y más enraizados anhelos. Y ante las acusaciones de politización de estas devociones por parte de sectores católicos más moderados, la prensa carlista se defendió evocando su propio pasado, plagado de manifestaciones ligadas a estas dos fiestas que, a partir de los años veinte, la Iglesia estaba intentado impulsar, aunque con nuevas interpretaciones (37). Precisamente, uno de los mayores defensores de estas devociones, el cardenal Segura, se convertiría, con el paso del tiempo, en uno de los escasos prelados que observaron con gran simpatía la lucha de la Comunión Tradicionalista Carlista contra la Segunda República.

La prensa carlista, no obstante, ayudó a impulsar las manifestaciones más modernas de la devoción al Sagrado Corazón, como las entronizaciones en los hogares católicos, el cumplimiento de los nueve oficios, los actos religiosos de los primeros viernes y durante todo el mes de junio (38). Además, desde sus

(35) No sólo el movimiento carlista intentó utilizar la política anticlerical para obtener mayores apoyos sociales, sino también grupos políticos afines como el liderado por el doctor Albiñana. Así, ver el estudio de GIL PECHARROMÁN (2000).

(36) «Christus Rex será nuestro divino Caudillo», por ARTURO DE REDONDO, *El Cruzado Español*, 28 de octubre de 1932, p. 1.

(37) Las alusiones a las consagraciones al Sagrado Corazón realizadas en el siglo XIX por los reyes carlistas fueron constantes en la prensa tradicionalista durante los años republicanos, así como la copia de textos de intelectuales legitimistas como Vázquez de Mella, del cual *El Cruzado español*, en la fecha de 19 de junio de 1936, publicó el siguiente extracto, obtenido de la Biblioteca Popular Carlista: «*Consagrarse al Corazón de Jesús es rendir la voluntad débil del hombre a la omnipotente de Dios; abdicar una soberanía efímera y pasajera, como obra mudable de los hombres, por una inmortal, que baja de los cielos para circundar con la aureola de la Majestad la frente de los elegidos, que la historia designa y la justicia confirma*».

(38) Ver, sin connotaciones políticas, «La fiesta de Cristo Rey», *El Pensamiento Navarro*, 25 de octubre de 1931; «Ante la fiesta del domingo», *El Cruzado Español*, 27 de octubre de 1933; «Ante la fiesta de hoy. Gloria al Divino Corazón de Jesús», *El Cruzado Español*, 8 de junio de 1934; «La Realeza de Jesucristo», por José Viñedo Calatayud, y «El Rey de Reyes. Viva Cristo Rey», *El Cruzado Español*, 25 de octubre de 1935; «¡Corazón de Jesús! ¡Óyenos!», *El Cruzado Español*, 19 de junio de 1936. En alguna ocasión se deslizó la vertiente política, sobre todo al aludir a los cristeros mexicanos, como en «Los mártires de Cristo Rey», *El Pensamiento Navarro*, 30 de octubre de 1931, p. 5.

páginas fomentaron el ingreso de sus lectores en el Apostolado de la Oración —fundado en 1844 por el jesuita padre Gautrelet— y las consagraciones de las familias. El periódico integrista más importante, *El Siglo Futuro*, que se convirtió en el portavoz de la Comunión Tradicionalista Carlista en 1932, aunque nunca fue órgano del partido, contribuyó durante la Segunda República al desarrollo del tradicionalismo defendiendo los principios que había mantenido desde su fundación (sentimiento monárquico tradicional y defensa del catolicismo) (39). La portada principal evolucionó desde su fundación en 1875, pero siempre mantuvo la imagen del Sagrado Corazón con la inscripción «*Reinaré en España*». El 19 de septiembre de 1932 sustituyó esa imagen por una cruz con el lema *Adveniat Regnum Tuum*. Por su parte, desde su fundación por unos periodistas carlistas en 1930, *El Cruzado Español* contó con escasa publicidad en sus páginas pero siempre mantuvo anuncios religiosos y, singularmente, aquel que animaba y procuraba facilitar a las familias la entronización de una estatua del Sagrado Corazón en sus casas.

Esta consagración fue presentada como uno de los ejercicios de piedad con el cual el núcleo familiar alimentaba una fe que debía, más tarde, proyectarse en una reorganización de la sociedad civil, que comportaría, en última instancia, una modificación de la legislación estatal en sentido católico. En definitiva, se trataba de una defensa de una organización teocrática de la vida colectiva. Al mismo tiempo, para los carlistas el culto favorecía la autoridad tradicional que tenía su fundamento en Cristo, pues, a nivel familiar, se reforzaba la de los padres; a nivel social, la de los sacerdotes, patrones y propietarios y, a nivel político, la autoridad de aquellos poderes que se sometían a las leyes cristianas como la Monarquía tradicional, aquella defendida por sus banderas, sus monarcas y sus huestes (40).

Paralelamente, los carlistas impulsaron las colgaduras con las imágenes del Sagrado Corazón y de Cristo Rey en sus días de fiesta religiosa, tanto en casas particulares como en locales afines (41). La marquesa de Unzá, con ayuda del padre Leonardo Gassó, apoyó económicamente tres ediciones de lienzos blancos baratos, al alcance de todas las familias, con la imagen de Cristo Rey con el lema «*Venga nos él tu reino*», con la idea de popularizar la idea de su reinado social (42). Sin embargo, pese a algunas opiniones contrarias, no se imprimió la frase «*Cristo tu reinas ya*» tanto para distanciarse del monumento impulsado por la Monarquía

(39) Una ficha descriptiva del periódico se encuentra en BARREIRO GORDILLO (2003): 295-307.

(40) Los periódicos tradicionalistas informaban puntualmente de las entronizaciones en sedes carlistas, como la del Círculo de Vitoria, a cargo de las Margaritas, en 1934. Ver, *El Cruzado Español*, 25 de septiembre, p. 4. O el año anterior, en los locales sociales del *Núcleo de la Lealtad* en Bilbao, el 20 de octubre.

(41) La prensa aún describió el aspecto de las ciudades con las colgaduras, en donde, como subrayó irónicamente un periodista, no fueron acompañadas de ninguna bandera tricolor republicana. *El Cruzado Español*, 21 de junio de 1932, p. 4.

(42) Archivo de la Universidad de Navarra, archivo Alfonso Carlos I (en adelante, AUN, AAC), carta del padre Gassó al Pretendiente, 21 de mayo de 1935.

liberal como para demostrar que resultaba imposible su reinado en plena vigencia de un régimen republicano anticatólico. Por su parte, en la prensa republicana y de izquierdas, aparecieron artículos negando la realeza de Cristo, en su sentido político, denunciando lo inapropiado que resultaba, en aquellos momentos, las referencias y símbolos monárquicos en España, aunque tuvieran un contenido espiritual (43). Algunos Ayuntamientos, con mayoría republicana, votaron el derribo o el traslado de imágenes del Sagrado Corazón en edificios públicos (44).

Al fallecer don Jaime III, hijo de Carlos VII, el 2 de octubre de 1931, se publicaron y difundieron numerosas esquelas donde se subrayó la defensa que había realizado él —y por extensión toda la dinastía legítima— del reinado social de Cristo (45). Así, en una esquila del pretendiente, impresa en Barcelona trece días más tarde, se leía: «*Porque amó la justicia y la integridad de la doctrina católica murió en el destierro. Paladín de la fe cristiana. Defensor acérrimo de la Iglesia Católica. Siervo fiel del rey de reyes. Quiso el reinado social de Cristo en España*» (46). Su sucesor, Alfonso Carlos I, su tío carnal, era un infante de conocida trayectoria integrista, lo cual —entre otros hechos— ayudó también a la vuelta de los católicos separados del carlismo en 1888. En sus documentos oficiales mencionó en menos ocasiones a Cristo Rey que al Sagrado Corazón, pero los manifiestos regios a los españoles de 1932 y 1933, además de aquel justificado por el centenario de la Primera Guerra Carlista, finalizaron con sendos vivas a Cristo Rey y a España (47). En otros documentos, Alfonso Carlos ultimó haciendo votos por el triunfo del Divino Corazón y de su reinado en las leyes, escuelas y hogares españoles (48).

No obstante, su manifestación más significativa fue el voto realizado al Sagrado Corazón de Jesús el 3 de junio de 1932, ante la asamblea legitimista de Tolouse, aprovechando también el interés de la Silla Apostólica para impulsar

(43) Los periódicos legitimistas respondieron a estos artículos, reafirmando la realeza de Jesucristo. Ver, a modo de ejemplo, «¡Todo por Dios, por la Patria y el Caudillo!», *El Cruzado Español*, 1 de enero de 1932, p. 4, como réplica a «¿Cristo Rey?», aparecido en *República*, Alcalá de Chivert.

(44) Hechos que fueron denunciados y criticados en la prensa tradicionalista, como las medidas anticlericales del equipo municipal de Bilbao. *El Cruzado Español*, 21 de febrero de 1933, p. 1. Igualmente, en el caso del Instituto de Tortosa, *El Pensamiento Navarro*, 17 de octubre de 1931, p. 1.

(45) Durante muchos años más tarde, *El Cruzado Español* recordó continuamente el manifiesto de don Jaime, firmado el 24 de marzo de 1919, donde se declaraba hijo sumiso de la Iglesia, obediente al Papa, y deseaba, por encima de toda aspiración, el triunfo del reinado social de Jesucristo en el mundo. Ver los números de dicho periódico del mes de junio de 1932 a 1936.

(46) Archivo Histórico Nacional, archivo Borbón Parma (en adelante, AHN, ABP), Jaime de Borbón, correspondencia (1926-1931), c. 134, exp. 2.

(47) Manifiestos firmados el 6 de enero de 1932 y el 16 de marzo de 1933, FERRER, (1979): 15-19 y 29-30. Igualmente en, *Id.*, (1950). Originales en AHN, ABP, Alfonso Carlos de Borbón, correspondencia (1934), c. 106, exp. 2.

(48) P. e., Declaración regia con motivo de la fiesta de los mártires de la Tradición, 10 de marzo de 1932, FERRER (1979): 23.

su culto ese año (49). Alfonso Carlos I prometió solemnemente que —si lograba sentarse en el trono de sus antepasados— la imagen cordícolá sería entronizada en el escudo nacional, siendo colocada sobre las flores de lis de la Casa de Anjou y entre los cuarteles de Castilla y de León, bajo la corona real, «seguro de interpretar los sentimientos religiosos del pueblo español» (50). Esta promesa no resultó ser totalmente una novedad en su trayectoria vital, pues había realizado un gesto semejante, durante la Tercera Guerra Carlista, al asumir el mando de las fuerzas legitimistas en el frente catalán, ordenando que en la bandera de sus zuavos se colocara, sobre las armas del papa y las de España, ese emblema, consagrando sus soldados a su protección (51). Sin embargo, habían pasado 60 años desde entonces, por lo que, en los nuevos tiempos republicanos, esta promesa —además de recordar otra clave identitaria carlista— pretendió superar la realizada en 1919 por Alfonso XIII.

En todo caso, el voto de Alfonso Carlos, con alto contenido político, no se debe entroncar con el nuevo impulso espiritual de la devoción que Pío XI intentó realizar durante la fiesta del Sagrado Corazón en ese mismo año. El papa volvió a recordar la línea que ligaba este culto con la restauración de una sociedad cristiana pero a través de «amorosas reparaciones y expiaciones» (52). Tras la crisis mundial de 1929, el pontífice observó amenazada la paz y afirmó que sólo instaurando el reinado social de Jesucristo se podría evitar una nueva conflagración a nivel internacional. El gesto del Pretendiente carlista formaba parte de un ambicioso plan: lograr ser el primer monarca en realizar los tres deseos del Sagrado Corazón, consistentes en la consagración de un templo, de España y de las insignias oficiales, como la bandera. Y, de esa manera, convertirse claramente en un instrumento de Dios (53).

(49) Ese año se produjo, ante la enfermedad del antiguo delegado de don Jaime, marqués de Villores, la primera gran reorganización de la Comunión Tradicionalista desde el 14 de abril de 1931. En enero de 1932, el pretendiente nombró una Junta Nacional Suprema que asumió la dirección del movimiento a partir del mes de mayo. Con el objeto de intentar solucionar el problema de la sucesión, Alfonso Carlos convocó una asamblea tradicionalista el 2 de junio en el castillo de Mondonville, cerca de Tolouse. Dentro de esta etapa reorganizativa debe entroncarse esa promesa. AHN, ABP, Alfonso Carlos, correspondencia (1932), c. 105, exp. 5.

(50) Decreto sobre el escudo nacional, 3 de junio de 1932. FERRER (1979): 25. El compromiso fue tomado como ejemplo de profesión católica de los monarcas carlistas en la obra de ROMERO RAIZÁBAL (1968): 26.

(51) Otro monarca, el emperador Francisco José de Austria-Hungría había consagrado su persona y su Casa al Sagrado Corazón en diciembre de 1914, en el contexto político-militar de la Primera Guerra Mundial. Durante ese mismo conflicto, ese símbolo cristiano se bordó en numerosas banderas francesas, en clave nacionalista, ligando su culto al triunfo militar. MENOZZI (2001): 260 y ss. Las consagraciones durante la Tercera Guerra Carlista fueron recordadas en los meses de junio, durante los años republicanos, por la prensa tradicionalista. Por ejemplo, «La Fiesta de hoy. La fe del carlismo», *El Cruzado Español*, 28 de junio de 1935.

(52) MENOZZI (2001): 297.

(53) El impacto de estos gestos político-religiosos en sus seguidores resulta innegable. En una carta al Pretendiente, Rafael Cantó Llopis, desde Alcoy, escribió: «Queremos el reinado social

4. LAS CONSAGRACIONES DEL PRETENDIENTE CARLISTA Y LA RESPUESTA DE LAS DERECHAS ESPAÑOLAS: LA PRESENTACIÓN POLÍTICA DE UN NUEVO CONSTANTINO

A comienzos de 1932, el padre Leonardo Gassó (54) —que había sido misionero de la Compañía de Jesús en varios lugares de América y estudiado diversas lenguas indígenas— comenzó a escribir una voluminosa correspondencia al Pretendiente, con la esperanza de convencerle para que se convirtiera en la persona regia que las profecías de la madre Rafols y Santa Margarita de Ala-coque señalaban como aquel que cumpliría los «tres divinos deseos» del Sagrado Corazón de Jesús. Incluso se atrevió a viajar a su residencia para entrevistarse, infructuosamente, con la pareja exiliada. Según sus palabras, la pérdida de Cristo o apostasía general que vivían numerosos Estados en aquellos momentos era la primera señal indicada por San Pablo para el fin de las naciones —que no el fin del mundo— y el definitivo triunfo del reinado social de Jesucristo (55). En su opinión, la consagración realizada por el presidente ecuatoriano García Moreno había sido efectuada por pura devoción, pero no había tenido la intención de cumplir los tres deseos. Luis XVI, encarcelado por los jacobinos, había realizado sólo dos votos, sin propósito de finalizar la empresa y la consagración realizada por Alfonso XIII y el Gobierno Maura había sido sencillamente un acto político, con la intención de atraerse a los mellistas. Además, el propio monarca liberal se había negado expresamente, según Gassó, a cumplir el tercer deseo cuando se lo sugirieron (56). Advirtió, por otra parte, que no se trataba de realizar un acto de consagración del Tradicionalismo o de la España tradicional sino de manifestar la voluntad de realizar el conjunto total de votos. El Pretendiente carlista debía ser, en consecuencia, el destinado a convertirse en el nuevo Constantino, en aquellos momentos en que, precisamente, se estaban enviando a Roma nuevas profecías y pruebas para el proceso de beatificación de la madre Rafols (57). La realización del primer voto, además, resultaba muy sencilla

de Cristo Rey y al juzgar por razones de evidencia, vos Señor, sois el predestinado para llevar a efecto tan magna empresa». AUN, AAC, caj. 1, copia de la carta fechada el 14 de junio de 1934.

(54) El jesuita valenciano Leonardo Gassó (1862-1936) vivió muchos años en distintas naciones americanas, como México, Ecuador, Colombia y Panamá, estudiando lenguas indígenas y publicando catecismos bilingües que fueron instrumentos de evangelización de minorías nativas. El Gobierno panameño le encomendó la conversión de los isleños de Kuna Yala o isla de San Blas, labor que intentó realizar entre 1907 y 1912, año en que regresó a España. Participó en iniciativas y actividades carlistas, siendo asesinado el 27 de agosto de 1936, al mes de haber estallado la Guerra Civil. Sobre su labor misionera en Hispanoamérica ver HOWE (1995).

(55) Existió un debate sobre la duración de este reinado social de Jesucristo, pues para el padre Gassó duraría 100 años, elevando la cifra a 20 años más Robles Degano. Ver *El Siglo Futuro*, 27 de enero de 1924.

(56) AUN, AAC, caj. 1, primera carta sin fechar, seguramente enero de 1932, desde San Sebastián, de Gassó a José María Gómez sobre sus misivas al Pretendiente. Segunda carta desde Mogente (Valencia), 9 de marzo siguiente.

(57) AUN, AAC, caj. 1, cartas de Gassó al Pretendiente, 19 de abril y 15 de mayo de 1932.

pues el templo construido se encontraba en la basílica barcelonesa del Tibidabo, y lo único que debía hacer el Pretendiente era declararla bajo su protección, otorgándole el título de Real Templo Nacional Expiatorio.

Finalmente, Alfonso Carlos aceptó las sugerencias del misionero jesuita, accediendo a colocar la imagen del Sagrado Corazón de Jesús en los escudos de España y en las banderas del Ejército, en lugar preferente, «*si Dios hace triunfar nuestra causa*» (58). Esta condición motivó una rápida réplica del padre Gassó, el cual intentó convencer al Pretendiente sobre el carácter absoluto de las promesas divinas, por lo que resultaba inadecuado proponer condiciones al Altísimo. Debían cumplirse los tres deseos por adelantado, y el Corazón de Jesús otorgaría eficacia a los medios dispuestos. Asimismo, le aconsejó que el acto fuera sencillo, personal y temporal. Es decir, debía guardarse el secreto hasta su ejecución, realizándose privadamente en compañía de un escaso número de leales carlistas, actuantes como testigos; personalmente por don Alfonso Carlos como legítimo rey de las Españas; y transitoriamente, no de forma perpetua, pues a su entrada triunfante en la Península se renovarían el voto con la tradicional solemnidad regia. A continuación del acto, aconsejó que diera lectura a un decreto real donde ordenara a los españoles que celebrasen, con la mayor devoción posible, la fiesta de Cristo Rey —el último domingo de octubre— y la del Sagrado Corazón, comulgando y asistiendo a misa solemne, de tal manera que, con el tiempo, fueran más populares y grandiosas que las del Corpus Christi.

Acordes con sus concepciones políticas, los testigos del acto debían representar los brazos sociales de la España tradicional, la auténtica, que se consagraba: el padre Gassó se propuso como representante del antiguo brazo eclesiástico; planteó la candidatura del secretario regio como delegado de la nobleza; la de los servidores del Pretendiente en representación del pueblo y dos veteranos de la última guerra carlista como agentes del brazo militar. Asimismo, aconsejó que también actuaran como testigos un miembro de la alta cúpula política carlista y el cardenal Segura, tildado en su correspondencia como «*el ilustre enfermo*». El acto debía organizarse para el 3 de junio —que fue la fecha elegida por Alfonso Carlos— o el 1 de julio siguiente. Sin embargo, el Pretendiente realizó el voto en una asamblea carlista en el castillo de Mondouville e introdujo la condición comunicada al padre Gassó, lo que motivó que el jesuita insistiera, meses más tarde, sobre la necesidad de realizarlo acorde con su carácter absoluto, para lograr el total cumplimiento de los tres divinos deseos (59).

Durante ese año y el siguiente, la prensa carlista animó a sus lectores a celebrar solemnemente las fiestas de Cristo Rey y del Sagrado Corazón, engalanando los balcones de sus casas con las tradicionales colgaduras, con las imágenes

(58) AUN, AAC, caj. 1, carta de Gassó a don Alfonso Carlos, 21 de mayo de 1932.

(59) AUN, AAC, caj. 1, cartas fechadas en enero y febrero de 1934. El jesuita insistiría ante el Pretendiente y José María Gómez en los meses siguientes.

cordícolas habituales, adornadas con flores y guirnaldas, siguiendo el decreto regio. En Pamplona comulgaron dos mil personas y por la noche se celebraron actos de consagración, con procesión de estandartes e imágenes, acompañadas de miembros del Apostolado del Sagrado Corazón. En otras ciudades la asistencia también fue multitudinaria a los templos, pero se registraron algunos incidentes como el apedreamiento de ventanas y galerías con colgaduras, amenazas e insultos por parte de anticlericales, lo que motivó la intervención de las autoridades locales, prohibiendo, en algunas ocasiones, las iluminaciones nocturnas previstas (60). La izquierda radical laicista, durante ese año que constituía II Centenario de la Gran Promesa, se mostró muy sensible ante las manifestaciones públicas de una devoción que consideraba una auténtica provocación de las fuerzas reaccionarias. Unos meses más tarde, con motivo de las celebraciones del centenario tradicionalista —alzamiento de 1833—, el Pretendiente ordenó la acuñación de una medalla conmemorativa, en cuyo reverso se dispusieron las armas heráldicas de España con el Sagrado Corazón (61).

La importancia del solemne voto realizado por el Pretendiente y sus consejeros —de cara a la opinión pública católica española— motivó la renovación del mismo el 8 de junio de 1934. Un mes antes, Alfonso Carlos había escrito a Manuel Fal Conde (62) comunicándole esta intención y ordenándole que la red de prensa leal lo publicara, animando a sus fieles a unirse a su caudillo el día señalado (63). Se dispuso que el padre Gassó celebrara la misa en una iglesia cercana a Bayona, encargándose de invitar a 15 españoles que actuaran como testigos. Tras la comunión, el Pretendiente se arrodilló ante el último escalón del altar mayor y —con la mano derecha apoyada en los evangelios— leyó en voz alta la renovación del voto. Rodeado de dos sacerdotes, un carlista se situó tras Alfonso Carlos con la bandera española adornada con el Sagrado Corazón (64). A continuación se celebró otra eucaristía y los testigos firmaron la declaración regia, la cual fue impresa y difundida en el país rápidamente.

«Yo, Alfonso Carlos de Borbón y de Austria Este, por la gracia de Dios, rey legítimo de las Católicas Españas, para mayor gloria de Dios y exaltación de la devoción al Corazón de Jesús, reitero hoy mi promesa con el voto cordícol de establecer según el mensaje del Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita de Alacoque, su reinado en España, si llevo a triunfar, en la forma siguiente:

Juro cumplir, en cuanto esté de mi parte, sus tres divinos deseos, que fueron:

1º. Que se construya un edificio donde esté la Imagen del Divino Corazón.

(60) Ver *El Pensamiento Navarro*, 14 de mayo, 1, 23 y 24 de junio de 1933.

(61) Carta al conde de Rodezno, 29 de septiembre de 1933. FERRER (1979): 30.

(62) No existe una biografía actual sobre el político más importante del carlismo en el siglo XX. Un acercamiento biográfico —escasamente crítico— a este líder integrista y tradicionalista, tan necesitado de un profundo estudio, es el de MARTÍNEZ DE SALAZAR (1998).

(63) Carta a Fal Conde, 31 de mayo de 1934. FERRER (1979): 38.

(64) AUN, AAC, caj. 5. Correspondencia del Pretendiente con Fal Conde, 27 y 31 de mayo, 9 y 18 de junio de 1934.

2º. Este adorable Corazón quiere recibir allí la consagración y los homenajes del rey y de toda la corte.

3º. Quiere estar pintado en la Bandera y Escudo Nacional.

El primer deseo se va realizando ya en los templos que se están construyendo en su honor. El segundo deseo lo realizaré si llego a triunfar. Para el tercer deseo, reitero ahora, con voto, lo prometido por mí en el 2 de junio de 1932 ante nuestra asamblea.

Firmo este documento ante los testigos que me acompañan desde el destierro en la fiesta del Sagrado Corazón, el ocho de junio de mil novecientos treinta y cuatro (65)».

Nuevamente, el pretendiente carlista se comprometió a realizar en España aquello que no había hecho su antepasado, el rey Luis XIV, en Francia, según había demandado la visionaria Margarita María de Alacoque a fines de su reinado (66). Tal inobservancia, para muchos católicos franceses, había sido la causa de adversidades tales como la Revolución de 1789, la Comuna y la III República (67). La elite carlista volvió a impulsar un acto destinado a demostrar su fidelidad absoluta a los designios divinos y a la Silla Apostólica, mostrando a sus príncipes como paladines de la Causa Católica, como auténticos lugartenientes de Dios, al reafirmar mediante estas ceremonias que Él era el único soberano en España. Se realizó un llamamiento oficial para que las Juventudes Tradicionalistas, las Margaritas, todos los centros y juntas locales carlistas consagraran España y sus personas al Sagrado Corazón —pidiendo el completo triunfo de su Causa política— y organizaran comuniones generales el día 8 de junio, como manifestación de unión espiritual de las bases con su Caudillo, término utilizado durante esos años en la prensa legitimista para referirse a los monarcas de la dinastía proscrita (68).

En Pamplona, los actos fueron multitudinarios, destacando el celebrado en la catedral; en Barcelona, la Juventud Tradicionalista se consagró, bajo la presidencia de su jefe regional, en la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles; en Granada, los carlistas se reunieron en la iglesia de los Padres Recoletos.

En Madrid, la elite política de la Comunión eligió el Oratorio de Caballero de Gracia, en la Gran Vía, para celebrar la fiesta y más de 10.000 personas pe-

(65) AHN, ABP, Alfonso Carlos, correspondencia (1934), c. 106, exp. 2.

(66) La visionaria Margarita María Alacoque, monja de la Visitación, intentó durante toda su vida establecer una devoción pública y social, oficialmente reconocida por la Iglesia, con su fiesta anual propia, con su misa y oficio, aspirando asimismo a que el rey de Francia se consagrara al Corazón de Jesús. Pío IX la beatificó en 1864 y Benedicto XV presidió su solemne canonización en 1920.

(67) Ver JONAS (2000).

(68) *El Siglo Futuro*, 3 de junio de 1934. *El Pensamiento Navarro*, 3 de junio, «La consagración de las Juventudes Tradicionalistas al Sagrado Corazón de Jesús», p. 3 y 6 de junio, p. 1. El 7 de junio, el periódico navarro publicó una carta del Pretendiente a Fal Conde, fechada el 31 de mayo, y una nota de la secretaría general del día 3 de junio, ordenando la realización de las recomendaciones de don Alfonso Carlos. El día 8 se anunciaron todos los actos religiosos, iglesias abiertas y horarios.

regiraron al Cerro de los Ángeles, engalanándose numerosos balcones con efigies del Sagrado Corazón, en colgaduras con los colores blanco, rojo y amarillo. Algunas de estas telas fueron forradas, en su parte trasera, con la bandera monárquica, lo cual fue considerado una provocación por miembros de las juventudes socialistas que las apedrearon, así como a los vehículos que transportaban a los peregrinos (69). No obstante, salvo en Madrid, la fiesta transcurrió sin casi incidentes en toda España, pese a sus evidentes connotaciones políticas. Y es que para los carlistas, la manifestación de esta devoción resultaba un compromiso ineludible:

«Pedimos, los que queremos el reinado social de Jesucristo, que acelere el cumplimiento de su divina promesa, porque sabemos que aquel día será también el triunfo de la Monarquía tradicional, contraria y enemiga irreconciliable de los principios revolucionarios; de la Monarquía castizamente española, ardiente defensora de la doctrina católica y de la Iglesia de Cristo, como perseguidora del error y de las costumbres de maldición, porque sus reyes no querían corona si no tenía cruz y si el espíritu cristiano no iba acompañado a todos los actos de su vida política (70)».

Tras el verano, por su parte, el padre Gassó continuó con su infatigable labor difusora, desde el Apostolado del Sagrado Corazón, propagando la imagen del Pretendiente como el único personaje regio que había jurado cumplir los tres divinos deseos (71).

El impacto político de estas actuaciones político-religiosas del Pretendiente, entre otros partidos de la derecha española, resultó innegable. Los dirigentes de Acción Popular también animaron a sus votantes católicos a participar en las fiestas de Cristo Rey y del Sagrado Corazón, pero sin ningún carácter especialmente político, al igual que fomentaban otras devociones y solemnidades religiosas, recalando su prensa el carácter espiritual que el Papa no había dejado de manifestar en los últimos años. En cambio, los monárquicos tradicionalistas de Acción Española, fieles a la línea dinástica de Alfonso XIII, rivalizaron con los carlistas por el mismo espacio electoral, de manera que también trataron de atraer apoyos y simpatías a su causa a través de estas devociones. De ahí que intentaran que el infante don Juan realizara una consagración pública y solemne al Sagrado Corazón, ocasión que pareció propiciarse con el anuncio de su boda, momento en que un numeroso grupo de monárquicos autoritarios intentó que el heredero de Alfonso XIII proclamase su adhesión a los principios doctrinales integristas. La iniciativa partió de Eugenio Vegas Latapié, quien se desplazó a Roma y consiguió, aparentemente, el respaldo del padre y del hijo.

(69) Ver los periódicos madrileños *El Cruzado Español*, *El Debate* y *ABC*, 9 y 12 de junio de 1934.

(70) «Ecos del día. Día del Homenaje a Cristo», *El Pensamiento navarro*, 8 de junio de 1934.

(71) AUN, AAC, caj. 1, carta fechada el 20 de julio de 1935 al Pretendiente.

Hasta el momento se ha creído que el plan gravitó exclusivamente en torno a la lectura de un discurso por parte del sucesor, en una comida organizada el día anterior de su boda en el hotel Excelsior, con asistencia de los directivos, socios protectores y colaboradores de Acción Española. En el mismo, el infante se declararía a favor de restaurar los principios tradicionales de la Monarquía. Sin embargo, también formaba parte del mismo plan la pública lectura de un acto de consagración al Sagrado Corazón que los novios debían realizar tras su enlace religioso, el 12 de octubre de 1935, y que sería publicado inmediatamente en la prensa. El original del mismo, escrito en pergamino en Bilbao a modo de regalo, fue copiado por un carlista, que lo remitió a Fal Conde y éste al Pretendiente, acompañado de una carta donde le confesó:

«Como verá V. M., el acto de consagración contiene cosas tan enormes como la de titularse con derecho a la Corona Real de España. Protesta del liberalismo y declara que quieren llevar la corona según el espíritu católico de la Monarquía tradicional.

Sinceramente, el acto de consagración está muy bien. Podía decir más, pero lo que dice está muy bien. Lo malo está en lo que no dice o sea en que no declare lo necesario para que esa corona sea la Legítima. Pero para la gente esa consagración va a ser de mucho efecto y pienso yo que ha de atraerles muchos del campo de Acción Popular y que ha de ser esgrimido como argumento en nuestra contra.

Razón de más, para pensar como antes afirmaba que atravesamos una crisis en la que hay que andar muy despacio para no errar y estar todos en nuestros puestos (72)».

Aunque si para el jefe delegado de la Comunión Tradicionalista el acto previsto por los alfonsinos no podía mermar sus apoyos electorales —en todo caso los de Gil Robles—, lo cierto es que advirtió del peligro que podía provocar cierta confusión en las filas católicas. El mismo Pretendiente le escribió que la consagración, de realizarse —lo que dudaba sobre todo por la oposición de Alfonso XIII—, crearía una importante sensación de confusión entre los tradicionalistas que se sentían escasamente carlistas (73). De ahí que la cúpula política legitimista decidiera fijar su posición ante la boda de don Juan a través de su prensa, tratando de evitar el deslizamiento de voluntades. En una nota aclaratoria, desde un punto de vista familiar y privado no objetaron nada, felicitando a los novios, pero en el orden político y público denunciaron la falta de un principio —precisamente aquello que no se defendía abiertamente en el acto de consagración—: un verdadero reconocimiento de la única legitimidad posible, encarnada en el Pretendiente, por parte del infante. *El Siglo Futuro*, el día 8 de octubre, advirtió a sus lectores que, por muy piadosos y dignos de alabanza que

(72) AUN, AAC, caj. 6, carta fechada, desde Sevilla, el 1 de octubre de 1935.

(73) Carta de Alfonso Carlos I a Fal Conde, Viena, 6 de octubre de 1935. Para el Pretendiente, los tradicionalistas juanistas querían «robar lo que es nuestro para engañar a los nuestros de buena fe». No le cabía duda de que el cardenal Segura, partidario de la fusión dinástica, era el autor del texto de la consagración del infante don Juan. AUN, AAC, caj. 5.

fueran los actos en torno a la boda, no podían influir en los derechos políticos ni menos provocar su alteración, ya que éstos descansaban en leyes que resultaba necesario cumplir —al garantizar el bien común— y en una tradición gloriosa, a la cual resultaba preciso amar y servir con toda lealtad (74). La autoría del texto correspondió a Fal Conde, al diputado Lamamié de Clairac, al director del periódico, Manuel Senante, y a Ricardo Gómez Rogi, canónigo de la catedral de Burgos y antiguo diputado carlista, como el primero informó particularmente a don Alfonso Carlos.

A pocos días de la boda, para Fal Conde, todo indicaba que don Juan había aceptado realizar el acto de consagración, según las noticias que le comunicaron el jesuita padre Torres y el propio cardenal Segura desde Biarritz, donde se encontraba de incógnito y muy enfermo. El Pretendiente carlista y su esposa, a pesar de ser invitados, no acudieron al enlace. Sin embargo, finalmente, ni don Juan asistió al banquete con los miembros de Acción Española —aunque envió una carta que fue leída por Pemán— con la excusa de encontrarse enfermo, ni leyó el pergamino de consagración al Sagrado Corazón (75). Alfonso XIII, y su fiel Quiñones de León le disuadieron de ello, aparentemente para evitar ligarse a una única opción política. Pero algunos de los asistentes al banquete creyeron que su padre había temido que en ese acto, ante su hijo, reclamaran públicamente su abdicación, por lo que había tratado de obstaculizarlo. Al conocer posteriormente la noticia, el jefe delegado de la Comunión Tradicionalista comentó a don Alfonso Carlos que los monárquicos liberales, todavía con notable influencia en el entorno de Alfonso XIII, habían impedido la solemne proclamación de catolicismo de los príncipes, que en el orden privado y público hubiera supuesto la fallida consagración (76). Por su parte, los hombres de Acción Española se sintieron defraudados por los escasos gestos de apoyo de don Juan de Borbón, pese al optimismo de algunos de sus líderes.

Los votos del Pretendiente carlista también motivaron la respuesta de un grupo de legitimistas, autotitulados *Núcleo de la Lealtad*, y calificados como rebeldes por la dirección de la Comunión Tradicionalista. Organizados, a partir de 1932, en torno a periódicos como *El Cruzado Español* se les tildó por ello como *cruzadistas*, siendo el acercamiento y los contactos con la rama alfonsina el principal punto de oposición con la elite política carlista (77). La Asamblea

(74) Ya el día 2 de septiembre, Fal Conde había publicado en el mismo periódico una nota fijando distancias respecto a la boda del heredero de Alfonso XIII. La aclaración del día 8 de octubre pretendió ser una continuación de la misma.

(75) El texto de la carta y la descripción de la boda por un testigo de los hechos en GUTIÉRREZ-RAVÉ (1935).

(76) AUN, AAC, caj. 2, Proyecto de un acto de consagración al Sagrado Corazón de Jesús por don Juan Carlos de Borbón en el día de su boda y papeles adjuntos, sin fechar. Sobre la dimensión política del enlace dinástico ver PLATÓN (1998): 444-449.

(77) Un artículo muy claro en ese sentido, entre muchos otros, «¿Los alfonsinos? ¿los juanistas? ¡Ésos, jamás!», por DOLORES DE GORTÁZAR, *El Cruzado Español*, 31 de agosto de 1934, p. 2.

de cruzadistas, celebrada en Zaragoza en mayo de 1935, defendió como aspiración básica, en sus conclusiones, el reconocimiento público de la soberanía social de Cristo, estableciendo la Unidad Católica y, con ella, la enseñanza religiosa, anhelando que — como sintética expresión de la religiosidad tradicional del pueblo español — despuntara la imagen del Sagrado Corazón en el escudo nacional. Aspiración que sus periódicos volvieron a publicar en junio, mes propio de la devoción, pero sin pretender cumplir los llamados tres votos divinos (78). El acto de defensa de la reforma heráldica fue, más bien, una demostración de la autonomía que podía desarrollar ese grupo político al margen de la obediencia a don Alfonso Carlos.

Finalmente, entre abril y mayo de 1936, un pequeño grupo de carlistas apoyaron, ante Manuel Fal Conde, las pretensiones del padre José Llés, colaborador, director espiritual y confidente de Juana Carou de la Adoración. Según este sacerdote integrista, esta vidente española había profetizado que don Alfonso Carlos se sentaría en el trono de España, pero, para acelerar su victoria, además de los votos al Sagrado Corazón debía consagrarse al Corazón Eucarístico de Jesús por medio de la obra de la Adoración Real, Perpetua y Universal. Éste se le había revelado a Juana Carou, manifestando su deseo de que se implantara culto perpetuo en la Capilla Real de Madrid y en otro templo cercano, que el padre Llés interpretó como el proyecto inacabado de la catedral de la Almudena. Si en el siglo XVII, Dios había querido elegir a Luis XIV como colaborador de Margarita de Alacoque, en el siglo XX deseaba que fuera un monarca español quien cooperara con la vidente española. El día en que fuera universal y continua la adoración al Santísimo Sacramento en todas las iglesias comenzaría el verdadero reinado social de Jesucristo (79). El proyecto, sin embargo, no debió contar con el apoyo ni del jefe delegado de la Comunión Tradicionalista ni del Pretendiente, el cual no modificó el carácter de sus votos en los pocos meses de vida que le restaban.

5. SE ADVIERTEN ESPADAS EN EL HORIZONTE POLÍTICO

Los votos de don Alfonso Carlos y la obediente participación de sus fieles en la expansión de estas devociones durante los años republicanos ¿consiguieron aumentar el apoyo de la jerarquía eclesiástica a la Comunión Tradicionalista? Lo cierto es que tan sólo se obtuvo una carta del cardenal Segura al Pretendiente, a fines de 1935, deseando el triunfo de sus aspiraciones, que llevarían consigo la implantación del reinado social del Sagrado Corazón en España (80). El resto de

(78) *El Cruzado Español*, 18 de mayo y 14 de junio de 1935.

(79) AUN, archivo Fal Conde, asuntos religiosos, caj. 272, exp. 12.

(80) AUN, AAC, caj. 4, copia de la carta del cardenal Segura al Pretendiente, Roma, 29 de diciembre de 1935.

prelados continuó manifestándose fiel a la línea contemporizadora con la República del cardenal Vidal y Barraquer, del nuncio Tedeschini y de Ángel Herrera Oria, en permanente búsqueda de un *modus vivendi* con el régimen. Pío XI tampoco respondió al memorial que el Pretendiente —en unión de su esposa María de las Nieves de Braganza— le envió a mediados del mes de abril de 1936, solicitando su ayuda para que la fiesta del Sagrado Corazón fuera ascendida a fiesta de precepto en España, según manifestación divina a Margarita de Alacoque. El matrimonio explicó al papa su intención de cumplir la totalidad de los tres divinos deseos en los últimos años, con la esperanza final de que el reinado social de Jesucristo triunfara definitivamente en la Península (81).

A pesar de sus continuas manifestaciones de fidelidad a la Iglesia por parte de la elite carlista, lo cierto es que en muchos casos, como las presentes devociones, se desviaron de las orientaciones de la jerarquía eclesiástica. El propio León XIII ya había planteado que la devoción al Sagrado Corazón y al reinado social de Jesucristo —como forma de restauración social cristiana— resultaba compatible con el accidentalismo político, por lo que no tenía que traducirse necesariamente en una restauración política como la defendida por el movimiento carlista. Por otra parte, como ha señalado Feliciano Montero, la fiesta de Cristo Rey fue impulsada por Pío XI como fiesta de Acción Católica, el instrumento «apolítico» preferido por el papa para la restauración social del cristianismo. Por lo tanto, la interpretación política de estas devociones por parte del legitimismo español se alejó de las directrices pastorales de la Iglesia en aquellos momentos.

Sin embargo, estas devociones, interpretadas en las claves políticas analizadas, se difundieron popularmente en aquellos años y fueron asumidas por aquellos españoles dispuestos a alzarse con armas en las manos contra el régimen republicano. Para la amalgama política carlista e integrista, Cristo Rey se convirtió básicamente en el Dios hombre de la *Gran Promesa*, no tanto en el Verbo liberador de la historia mediante la predicación del reino de Dios. No fue un Cristo de muy depurada teología, sino el de una revelación particular, pero de gran arraigo popular. No era el Hijo encarnado de cristólogos y escatólogos, sino sólo el de la promesa del reinado del padre Hoyos y de otras videntes, pero fue suficiente para conformar —en simbiosis de fe y política— el ser y el actuar de millares de tradicionalistas (82).

Un mes antes del estallido de la Guerra Civil, el Pretendiente volvió a renovar el cumplimiento de los tres divinos deseos, designando públicamente el templo expiatorio del Tibidabo, en Barcelona, como lugar donde se debía reno-

(81) AUN, AAC, caj. 8. «Memorial que elevan a Su Santidad el papa Pío XI, Doña María de las Nieves de Braganza y de Borbón con su inseparable esposo Don Alfonso Carlos I de Borbón Austria Este». Ghetari, 13 de abril de 1936.

(82) De esta manera, durante la Guerra Civil, el bando de los alzados configuró y difundió aún más estas devociones en clave política-religiosa, tal y como estudió GARCÍA IGLESIAS (1993).

var anualmente el voto nacional al Sagrado Corazón, en la continua esperanza en el triunfo de su reinado (83). El príncipe Javier de Borbón Parma —que asumiría la regencia del carlismo por deseo de su tío Alfonso Carlos— en las últimas instrucciones para preparar el alzamiento contra el Frente Popular, en el verano de 1936, ordenó en cuarto lugar que, una vez producida el mismo, se consagraran públicamente las unidades de requetés al Sagrado Corazón de Jesús. Y así lo hicieron los tercios navarros, consagrando Navarra a esta devoción, ante el entusiasmo del Pretendiente, al cual quedaban pocos meses de vida:

«Protegednos a nosotros y a cuantos con nosotros luchan en esta hora solemne de España, la nación de vuestras predilecciones, y alcanzadnos que todos veamos pronto el día de vuestro triunfo, el sol que ilumina con resplandores de gloria el monumento que en vuestro honor levantó España sobre su corazón, el Cerro de los Ángeles, y bese con ósculo de reparación las innumerables cruces de los templos que cubren como un manto de fe el suelo de la Patria (84)».

De esta manera, nuevamente, se perpetuó una ceremonia identitaria carlista, ya que el 16 de junio de 1875, en Orduña, Carlos VII había consagrado sus soldados en el frente del Norte a esta devoción. Los carlistas lo lograron: el Sagrado Corazón de Jesús se bordó, nuevamente, en banderas de guerra, al tiempo que en el Cerro de los Ángeles su imagen era fusilada por un grupo de partidarios del Frente Popular. Los deseos del papa Pío XI —reinado social de Cristo, reinado de paz— no se cumplieron en España.

6. BIBLIOGRAFÍA

- ALCAÑIZ, FLORENTINO (1930): *La devoción al Corazón de Jesús. Importancia y consagración personal*, Granada, tipografía Francisco Román.
- (1934): *El Corazón de Jesús en el Evangelio*, Granada, tipografía S. Casón.
- BARGUÑO Y MORGADES, MANUEL (1931): *La soberanía de Cristo: documentos y testimonios sobre la realeza de Cristo Divino Redentor*, S. I. e., Imprenta Subirana.
- BARREIRO GORDILLO, CRISTINA (2003): *El carlismo y su red de prensa en la Segunda República*, Madrid, Actas.
- BERZAL DE LA ROSA, ENRIQUE (1999): *Remigio Gandásegui, 1905-1937. Un obispo para una España en crisis*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- BLINKHORN, MARTIN (1979): *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*, Barcelona, Crítica.

(83) AUN, AAC, caj. 5. Renovación escrita a mano y firmada el 19 de junio de 1936.

(84) Consagración de Navarra al Sagrado Corazón de Jesús. El documento no está fechado pero de su lectura se deduce que fue el día de Santiago de 1936. FERRER (1979): 108. El texto fue publicado con el título «Acto de Consagración de los requetés de la Tradición Española al Sagrado Corazón de Jesús», en *El Pensamiento Navarro*, el día 26 de julio, en su primera página. Paradójicamente, se realizó delante de un conocido masón, el general Cabanellas, el cual en su alusión posterior no aludió a la consagración.

- CANAL, JORDI (2006): *Banderas blancas, boinas rojas. Una historia política del carlismo, 1876-1939*, Madrid, Marcial Pons.
- CANO, LUIS (2006): «Acerca de Cristo Rey» en AURELL, JAUME y PÉREZ LÓPEZ, PABLO (eds.), *Católicos entre dos guerras. La historia religiosa de España en los años 20 y 30*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 173-201.
- CANTERA OLIVE, JULIÁN (1927): *La fiesta de Cristo Rey*, Madrid, Imprenta A. Fontana.
- CASPISTEGUI GORASURRETA, FRANCISCO JAVIER (1997): *El naufragio de las ortodoxias. El carlismo, 1962-1977*, Pamplona, Eunsa.
- CARRONERO, FLORENCIA (1991): «La mujer tradicionalista: las Margaritas», en VV. AA., *Las mujeres y la Guerra Civil Española*, Madrid, Ministerio de Cultura.
- CRAWLEY-BOEVEY, MATEO (1926): *Entronización del Sagrado Corazón de Jesús en los hogares mediante la solemne consagración de las familias al mismo Divino Corazón*, Madrid, E. Maestre.
- CUENCA TORIBIO, JOSÉ MANUEL (2005): *Estudios sobre el catolicismo español contemporáneo. IV*, Córdoba, Universidad de Córdoba.
- CUEVA MERINO, JULIO DE LA (1999): «Cultura y movilización en el movimiento católico de la Restauración (1899-1913)», en SUÁREZ CORTINA, MANUEL (ed.): *La cultura española en la Restauración*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, pp. 169-192.
- (2000): «Católicos en la calle. La movilización de los católicos españoles, 1899-1923», *Historia y Política*, nº 3, pp. 55-79.
- (2003): «El rey católico» en MORENO LUZÓN, JAVIER (ed.), *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, Marcial Pons, pp. 277-306.
- CUEVA MERINO, JULIO DE LA y LÓPEZ VILLAVARDE, ÁNGEL LUIS (coords.) (2005): *Clericalismo y asociacionismo católico en España: de la Restauración a la Transición*, Cuenca, Universidad de Castilla La Mancha.
- CUEVA MERINO, JULIO DE LA y MONTERO, FELICIANO (coords.) (2007): *La secularización conflictiva. España, 1898-1931*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- CHARBONNEAEU-LASSAY, LOUIS (1983): *Estudios sobre simbología cristiana: iconografía y simbolismo del Corazón de Jesús*, Palma de Mallorca, B. José J. Olañeta.
- FERRER, MELCHOR (1950): *Documentos de D. Alfonso Carlos de Borbón y de Austria-Este (Duque de San Jaime)*, Madrid, Ed. Tradicionalista.
- (1979): *Historia del Tradicionalismo Español*, tomo XXX, vol. II, Sevilla, Editorial Católica.
- GAMBRA, JOSÉ MIGUEL y ULLATE, JOSÉ ANTONIO (2006): «La Fiesta de Cristo Rey. Una fecha que no puede pasar desapercibida», *El Boletín Carlista de Madrid*, nº 92, p. 4.
- GARCÍA IGLESIAS, LUIS (1993): «El Sagrado Corazón de Jesús y la España nacional», siglo XX, nº 4, pp. 34-48.
- GIL DELGADO, FRANCISCO (2001): *Pedro Segura. Un cardenal sin fronteras*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- GIL PECHARROMÁN, JULIO (2000): *Sobre España Inmortal, sólo Dios. José María Albiñana y el Partido Nacionalista Español (1930-1937)*, Madrid, UNED.
- GÓRSKI, EUGENIUSZ (2000): «La Guerra Civil Española, vista desde Polonia», *Sistema*, nº 154, pp. 107-112.

- GUTIÉRREZ-RAVÉ, JOSÉ (1935): *Españoles en Roma. 12 de octubre de 1935*, Valencia, Voz Valenciana.
- HOWE, JAMES (1995): *The Missionary Memoirs of Father Leonardo Gassó*, University of Oklahoma Press.
- HUAMAN GUTIÉRREZ, ROSSANA (1993): *La devoción al Sagrado Corazón de Jesús en Santa Vicenta María López Vicuña*, Roma, Pontificio Instituto Regina Mundi.
- JONAS, RAYMOND (2000): *France and the cult of the Sacred Hearth. A Epic Tale for Modern Times*, Los Ángeles, University of California Press.
- MARTIN, JEAN-CLÉMENT (1993): *Blancs et Bleus dans la Vendée déchirée*, París, Gallimard.
- MARTÍNEZ DE SALAZAR, RICARDO (1998): *Manuel J. Fal Conde: la política como servicio de Dios y España*, Cádiz, edición del autor.
- MARTÍNEZ SÁNCHEZ, SANTIAGO (2004): *Los papeles perdidos del cardenal Segura, 1880-1957*, Pamplona, Eunsa.
- MENOZZI, DANIELE (1999): «Profeta di Cristo Re: una lettura di Savonarola nella cultura católica tra Otto e Novecento», *Cristianesimo nella historia*, vol. XX/3, pp. 639-698.
- (2001): *Sacro Cuore. Un culto tra devozione interiore e restaurazione cristiana della società*, Roma, Viella.
- MIRA ABAD, ALICIA y MORENO SECO, MÓNICA (2003): «Alicante en el cambio del siglo XIX al XX: secularización y modernidad», *Hispania Nova*, nº 3, revista electrónica sin paginar.
- MONTERO GARCÍA, FELICIANO (2007): «Las derechas y el catolicismo español: del integrista al socialcristianismo», *Historia y Política*, nº 18, pp. 101-128.
- MORAL RONCAL, ANTONIO MANUEL (2000): *Los carlistas*, Madrid, ArcoLibros.
- (2006): *Las Guerras Carlistas*, Madrid, Sílex.
- (2007): «1868 en la memoria carlista de 1931: dos revoluciones anticlericales y un paralelo», *Hispania Sacra*, nº 119, pp. 337-361.
- ORDUÑA PRADA, MÓNICA (2002): «La mujer en las publicaciones carlistas: de la Segunda República a la Guerra Civil», en VV. AA., *Del periódico a la sociedad de la información*, vol. 3, pp. 115-124.
- PLATÓN, MIGUEL (1998): *Alfonso XIII: De Primo de Rivera a Franco. La tentación autoritaria de la Monarquía*, Barcelona, Plaza y Janés.
- REQUENA, FEDERICO M. (2006): «Amistades y devociones: la obra del Amor Misericordioso», en AURELL, JAUME y PÉREZ LÓPEZ, PABLO (eds.), *Católicos entre dos guerras. La historia religiosa de España en los años 20 y 30*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 143-173.
- ROMERO RAIZÁBAL, IGNACIO (1968): *El carlismo en el Vaticano*, Santander, Aldus Velarde.
- SANTIAGO RODRÍGUEZ, IGNACIO DE (1926): *El reinado social del Sagrado Corazón de Jesús en las familias cristianas. Devocionario*, s. l. e., tipografía cristiana.
- UGARTE, JAVIER (2000): «El carlismo hacia los años treinta del siglo XX. Un fenómeno señal», *Ayer*, nº 38, pp. 155-186.
- VARELA, BENIGNO (1925): *El rey Alfonso XIII ante S. S. Pío XI. Una fecha histórica en el catolicismo mundial*, Madrid, El Libro de la Monarquía.